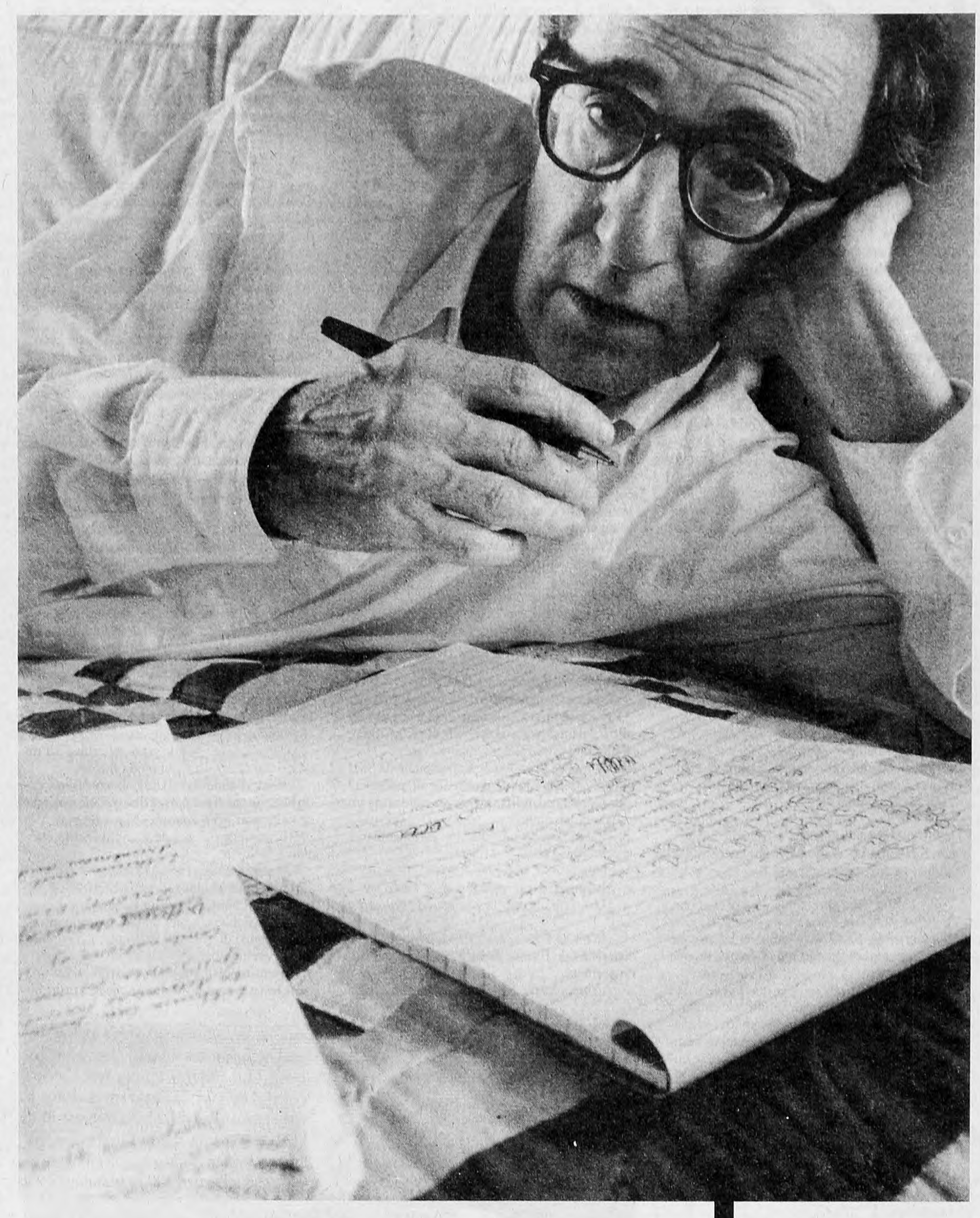
Allen Stewart Konigsberg no es un gran clarinetista, y el hecho de que por tocar el clarinete en un club de Manhattan no le haya permitido a su seudónimo Woody Allen viajar a Hollywood para recoger los Oscar que ganó en 1977 (mejor director, mejor guión original) tampoco lo transforma en un gran cineasta. Sin embargo, en la medida en que el adjetivo "grande" puede aplicarse también a películas que marcaron una época, la definieron en la memoria de las personas de cierta edad, *Annie Hall* (la de esos Oscar del '77, más el de mejor película y mejor actriz) es indudablemente una gran película. Desde el modo de vestirse de Diane Keaton –tan imitado luego–, pasando por la aparición en papeles ultrasecundarios de futuras estrellas –Jeff Goldblum en una fiesta de Los Angeles, Sigourney Weaver como la chica con que Woody tiene una cita poco antes del final, Beverly D'Angelo sobre una pantalla de TV–, hasta el tratamiento del temeroso amor que une a dos intelectuales, todo contribuye a que *Annie Hall* persista en los recuerdos de quienes tenían entre 15 y 20 años en 1977. Puesto que Woody Allen filma aproximadamente una vez por año, no faltan otras candidatas al rubro "gran película" en el sentido del párrafo anterior, como *La última noche de Boris Gruschenko* (1975) *Manhattan* (1979) o *Broadway Danny Rose* (1984). No obstante, lo que quizá alguna gente ignore es que Allen puede ser mucho más gracioso por escrito que en una pantalla de cine. Los relatos y estrambóticos ensayos de *Cómo acabar de una vez por todas con la cultura* (1971), *Perfiles* (1975) o *Sin plumas* (1976) logran una carcajada que no cesa. Allen Stewart Konigsberg, nacido en Brooklyn en 1935, no será un gran clarinetista, y Woody Allen no es un gran cineasta –categoría que sí les cabe a Billy Wilder y Orson Welles–, pero el autor de la gran película *Annie Hall* también ha escrito textos cómicos de primer orden.



Woody ALLEN

Kugelmass, un profesor de humanidades en el City College de Nueva York, no había encontrado la felicidad en su segundo matrimonio. Daphne Kugelmass era estúpida e inculta. Los dos hijos habidos con su primera mujer, Flo, eran también unos patanes. Mantenerlos y pasarle una pensión a Flo hacía definitivamente precaria su situación económica.

–¿Cómo iba yo a imaginar que acabaría todo tan mal? –se quejó Kugelmass un día a su analista–. Daphne era atractiva. ¿Quién iba a sospechar que se descuidaría hasta el extremo de ponerse gorda como una mesa camilla? Además tenía algo de dinero, lo cual no es una razón necesariamente válida para casarse con una persona, pero nunca hace daño. Sobre todo teniendo en cuenta mis gastos generales. ¿Entiende lo que quiero decir?

Kugelmass era calvo y tan peludo como un oso, pero tenía alma.

–Necesito conocer a otra mujer –prosiguió–. Necesito una aventura. Mi apariencia tal vez no lo sea, pero soy un hombre esencialmente romántico. Necesito dulzura, necesito flirtear. Ya no soy tan joven, así que antes de que sea demasiado tarde quiero hacer el amor en Venecia, contar chistes en el "21" y mirarle a los ojos a una chica a la luz de las velas con una copa de vino tinto en la mano. ¿Entiende lo que quiero decir?

El doctor Mandel cambió de posición en su butaca y repuso:

–Una aventura no resolverá nada. Es usted tan poco realista. Sus problemas tienen una raíz mucho más profunda.

–Pero esa aventura ha de ser discreta –continuó imperturbable Kugelmass–. No puedo permitirme un segundo divorcio. Daphne me partiría la cabeza.

–Señor Kugelmass...

–No puede ser nadie del City College, porque Daphne también trabaja ahí. No es que haya en la facultad alguien como para enloquecer, pero alguna estudiante he visto que...

–Señor Kugelmass...

–Ayúdeme. Tuve un sueño ayer por la noche. Yo saltaba a la comba en un prado con la cesta de la merienda. En la cesta había un letrero que ponía "Opciones". Luego me di cuenta de que tenía un agujero.

–Señor Kugelmass, lo peor que puede usted hacer es ignorar la realidad. Limítese a declarar aquí sus pensamientos, y los dos juntos los analizaremos. Ya lleva usted en tratamiento tiempo suficiente como para saber que nadie se cura de la noche a la mañana. Después de todo, yo soy analista, no mago.

–Entonces lo que necesito quizás es un mago –exclamó Kugelmass, levantándose.

Y con eso dio por terminada su terapia. Un par de semanas más tarde, mientras Kugelmass y Daphne se hallaban en su apartamento solos y tristones como dos muebles antiguos, sonó el teléfono.

–Ya voy yo –se ofreció Kugelmass–. Diga.

–¿Kugelmass? –preguntó una voz–. Kugelmass, soy Persky.

–¿Quién?

–Persky. O mejor dicho El Gran Persky.

–¿Cómo dice?

–Me he enterado de que anda buscando por toda la ciudad un mago que ponga un poco de exotismo en su vida. ¿Sí o no?

–Ssst –susurró Kugelmass–. No cuelgue. ¿Desde dónde llama usted, Persky?

A la mañana siguiente, muy temprano, Kugelmass subió tres tramos de escalera en un decrépito edificio de apartamentos del barrio de Bushwick, en Brooklyn. Atisbando por entre la oscuridad del descansillo, halló la puerta que buscaba y llamó al timbre. Me arrepentiré de esto, dijo para sí.

Unos instantes más tarde, le abrió un hombre bajito, delgado, cuyos ojos parecían de cera.

–¿Es *usted* Persky el Grande? –preguntó Kugelmass.

–El Gran Persky. ¿Quiere una taza de té?

–No, quiero romanticismo. Quiero música. Quiero amor y belleza.

–Pero té no, ¿eh? Pasmoso. Muy bien, siéntese.

Persky se metió en el cuarto trastero y Kugelmass le oyó remover cajas y muebles. El hombrecillo reapareció al rato, empujando un voluminoso objeto montado sobre chirriantes ruedas de patines. Lo cubrían viejos pañuelos de seda que tiró al suelo y dio un soplido para que desapareciera el polvo. Era un armario chino, mal lacado y de aspecto vulgar.

–¿Qué tontería es ésta, Persky? –inquirió Kugelmass.

–Preste atención –repuso Persky–. Este es un truco de gran efecto. Lo puse a punto el año pasado para un congreso de Rosacruces, pero luego la cosa no cuajó. Métase dentro del armario.

–¿Para qué, me va a atravesar con espadas o algo así?

–¿Ha visto usted alguna espada?

Kugelmass hizo una mueca y, refunfuñando, se introdujo en el armario. Advirtió, no sin disgusto, un par de feos cristales de cuarzo pegados al tabique justo a la altura de sus ojos.

–Si esto es una broma... –gruñó.

–Una broma de mucho cuidado, ya verá. Ahora, vamos a lo que importa. Si yo echo cualquier libro dentro del armario donde está usted, cierro las puertas y doy tres golpecitos, saldrá usted proyectado hacia ese libro.

Kugelmass no disimuló su incredulidad.

–Es la pura verdad. Lo juro ante Dios –prosiguió Persky–. Y no se limita únicamente a una novela, vale también con un relato, una obra teatral, un poema. Podrá conocer a cualquiera de las mujeres que crearon los mejores escritores del mundo. Aquella con la que usted haya soñado. Puede pasar el rato que desee con una auténtica maravilla. Y cuando tenga bastante, me da una voz y le haré volver aquí en una fracción de segundo.

–Persky, ¿ha salido usted de un manicomio?

–Le prometo que va en serio –afirmó el hombrecillo.

Kugelmass permaneció escéptico.

–¿Pretende decirme... que esa birria de fabricación casera puede facilitarme ese viaje que usted describe?

–Por un par de billetes de diez.

Kugelmass echó mano a la cartera.

–Lo creeré cuando lo vea –declaró.

Persky se metió los veinte dólares en el bolsillo del pantalón y se acercó a la librería. –Bien, ¿a quién le gustaría ver? ¿Sister Carrie? ¿Hester Prynne? ¿Ofelia? ¿Algún personaje de Saul Bellow? Oiga, ¿qué le parece Temple Drake? Claro que para un hombre de su edad sería un trabajo de Hércules.

–Una francesa. Quiero una aventura con una amante francesa.

–¿Naná?

–No quisiera tener que pagar.

–¿Qué le parecería la Natacha de *Guerra y paz*?

–He dicho francesa. ¡Ya la tengo! ¿qué me dice usted de Emma Bovary? Yo creo que sería perfecta.

–A sus órdenes, Kugelmass. Deme una voz cuando tenga bastante.

Persky echó un ejemplar de la novela de Flaubert, en edición de bolsillo, dentro del armario.

–¿Cree que ese chisme es seguro? –preguntó Kugelmass al cerrar el hombrecillo las puertas del mueble.

–Seguro. ¿Hay algo seguro en este mundo loco?

Persky dio tres golpecitos en la madera y abrió de par en par las puertas del armario.

Kugelmass había desaparecido. Y en aquel preciso momento apareció en el dormitorio de Charles y Emma Bovary en su casa de Yonville. De espaldas a él, una hermosa mujer doblaba unas sábanas de lino. No puedo creerlo, pensó Kugelmass, mirando embelesado a la mujer del médico. Parece un sueño. Estoy aquí. Es ella.

Emma se volvió sorprendida.

–¡Qué susto me ha dado, válgame Dios! –exclamó– ¿Quién es usted?

Hablaba el mismo elegante inglés de la edición de bolsillo.

Sencillamente sobrecogedor, pensó Kugelmass. Luego, al darse cuenta de que era a él a quien dirigían la pregunta, respondió precipitadamente:

–Discúlpeme. Me llamo Sidney Kugelmass. Soy profesor de humanidades. Del City College. En Nueva York. En la parte alta de Manhattan. Yo... ¡Ay mi madre!

Emma Bovary sonrió con coquetería.

–¿Le gustaría tomar algo? ¿Una copa de vino tal vez?

Qué hermosa es, pensó Kugelmass. ¡Qué contraste con la troglodita que compartía su lecho! Sintió el deseo incontenible de estrechar a aquella visión en sus brazos y decirle que era la mujer con la que toda su vida había soñado.

–Un poco de vino, sí –dijo roncamente–. Blanco. No, tinto. No, blanco. Dejémoslo en blanco.

–Charles estará fuera todo el día –informó Emma, jugando maliciosamente con el sobreentendido.

Después de la copa de vino, salieron a dar un paseo por la exquisita campiña francesa.

–Siempre soñé que un misterioso desconocido llegaría para rescatarme del tedio de esta crasa vida rural –dijo Emma.

Pasaron por delante de una minúscula iglesia.

–Me encanta que haya sido usted –murmuró Emma–. Nunca había visto a nadie parecido por aquí. Resulta usted tan... tan moderno.

–Bueno, llevo lo que llaman un traje informal –repuso él, románticamente–. Lo compré en unas rebajas.

En un impulso súbito la besó. Pasaron una hora larga recostados bajo un árbol, susurrándose cosas al oído y mirándose intensamente a los ojos. Hasta que Kugelmass se incorporó. Acababa de recordar que debía encontrarse con Daphne en los almacenes Bloomingdale.

–Tengo que irme –dijo–. Pero no te preocupes. Volveré.

–Así lo espero –suspiró Emma.

La abrazó apasionadamente, y los dos regresaron a la casa. Kugelmass tomó las mejillas de Emma con sus manos, la besó otra vez, y gritó:

–¡Ya vale, Persky! Tengo que estar en Bloomingdale a las tres y media.

Se oyó un *pop*, y he aquí a Kugelmass de vuelta a Brooklyn.

–¿Qué tal? ¿Era verdad o no? –preguntó Persky triunfalmente.

–Mire, Persky. Mi media naranja me espera en la avenida Lexington y voy a llegar tarde. ¿Cuándo puedo volver? ¿Mañana?

–Cuando quiera. Basta con que traiga veinte pavos. Y no hable de esto con nadie.

–Ya. Se lo contaré a Dick Cavett.

Kugelmass tomó un taxi, que se dirigió a Manhattan a toda velocidad. Su corazón latía alocadamente. Estoy enamorado, pensó. Soy el depositario de un secreto maravilloso. Ignoraba que, en aquel preciso momento, estudiantes en aulas de todo el país preguntaban a sus profesores:

–¿Quién es ese personaje de la página 100? ¿Cómo puede ser que un judío calvo esté besando a Madame Bovary?

Un profesor de Sioux Falls, Dakota del Sur, dio un profundo suspiro. Santo cielo, estos chicos, siempre con la yerba y el ácido. ¿Qué fantasía no les pasará por la cabeza?



Podrá conocer a cualquiera de las mujeres que crearon los mejores escritores del mundo. Aquella con la que usted haya soñado. Puede pasar el rato que desee con una auténtica maravilla.







Daphne Kugelmass se hallaba en el departamento de accesorios para cuartos de baño de los almacenes Bloomingdale, cuando su marido llegó sin aliento.

–¿Dónde te has metido? –preguntó secamente–. Son las cuatro y media.

–Me encontré con un atasco –se excusó Kugelmass.

Kugelmass hizo una nueva visita a Persky al día siguiente, y en pocos minutos fue mágicamente transportado a Yonville. Emma no pudo ocultar su emoción al verlo de nuevo. Pasaron juntos los dos varias horas, riendo y hablando de sus respectivos antecedentes. Antes de que Kugelmass se fuera, hicieron el amor. "¡Santo Dios, lo estoy haciendo con Madame Bovary!", se dijo Kugelmass. "¡Yo, *que suspendí en literatura el primer año!*"

Pasaron los meses. Kugelmass fue a casa de Persky muchas veces y estableció una estrecha y apasionada relación con Madame Bovary.

–Asegúrese de que yo llegue siempre al libro antes de la página 120 –especificó un día al mago–. Necesito encontrarme con ella antes de que se líe con ese Rodolphe.

–¿Por qué? –quiso saber Persky–. ¿No le puede birlar la chica?

–Birlar la chica. Es de noble cuna. Y esos individuos no tienen nada mejor que hacer que montar a caballo y seducir mujeres. Para mí, no es más que uno de esos figurines que aparecen

El experimento del profesor Kugelmass

Por Woody Allen

Kugelmass, un profesor de humanidades en el City College de Nueva York, no había encontrado la felicidad en su segundo matrimonio. Daphne Kugelmass era estúpida e inculta. Los dos hijos habidos con su primera mujer, Flo, eran también unos patanes. Mantenerlos y pasarle una pensión a Flo hacía definitivamente precaria su situación económica.

–¿Cómo iba yo a imaginar que acabaría todo tan mal? –se quejó Kugelmass un día a su analista–. Daphne era atractiva. ¿Quién iba a sospechar que se descuidaría hasta el extremo de ponerse gorda como una mesa camilla? Además tenía algo de dinero, lo cual no es una razón necesariamente válida para casarse con una persona, pero nunca hace daño. Sobre todo teniendo en cuenta mis gastos generales. ¿Entiende lo que quiero decir?

Kugelmass era calvo y tan peludo como un oso, pero tenía alma.

–Necesito conocer a otra mujer –prosiguió–. Necesito una aventura. Mi apariencia tal vez no lo sea, pero soy un hombre esencialmente romántico. Necesito dulzura, necesito flirtear. Ya no soy tan joven, así que antes de que sea demasiado tarde quiero hacer el amor en Venecia, contar chistes en el "21" y mirarle a los ojos a una chica a la luz de las velas con una copa de vino tinto en la mano. ¿Entiende lo que quiero decir?

El doctor Mandel cambió de posición en su butaca y repuso:

–Una aventura no resolverá nada. Es usted tan poco realista. Sus problemas tienen una raíz mucho más profunda.

–Pero esa aventura ha de ser discreta –continuó imperturbable Kugelmass–. No puedo permitirme un segundo divorcio. Daphne me partiría la cabeza.

–Señor Kugelmass...

–No puede ser nadie del City College, porque Daphne también trabaja ahí. No es que haya en la facultad alguien como para enloquecer, pero alguna estudiante he visto que...

–Señor Kugelmass...

–Ayúdeme. Tuve un sueño ayer por la noche. Yo saltaba a la comba en un prado con la cesta de la merienda. En la cesta había un letrero que ponía "Opciones". Luego me di cuenta de que tenía un agujero.

–Señor Kugelmass, lo peor que puede usted hacer es ignorar la realidad. Limítese a declarar aquí sus pensamientos, y los dos juntos los analizaremos. Ya lleva usted en tratamiento tiempo suficiente como para saber que nadie se cura de la noche a la mañana. Después de todo, yo soy analista, no mago.

–Entonces lo que necesito quizás es un mago –exclamó Kugelmass, levantándose.

Y con eso dio por terminada su terapia. Un par de semanas más tarde, mientras Kugelmass y Daphne se hallaban en su apartamento solos y tristones como dos muebles antiguos, sonó el teléfono.

–Ya voy yo –se ofreció Kugelmass–. Diga.

–¿Kugelmass? –preguntó una voz–. Kugelmass, soy Persky.

–¿Quién?

–Persky. O mejor dicho El Gran Persky.

–¿Cómo dice?

–Me he enterado de que anda buscando por toda la ciudad un mago que ponga un poco de exotismo en su vida. ¿Sí o no?

–Ssst –susurró Kugelmass–. No cuelgue. ¿Desde dónde llama usted, Persky?

A la mañana siguiente, muy temprano, Kugelmass subió tres tramos de escalera en un decrépito edificio de apartamentos del barrio de Bushwick, en Brooklyn. Atisbando por entre la oscuridad del descansillo, halló la puerta que buscaba y llamó al timbre. Me arrepentiré de esto, dijo para sí.

Unos instantes más tarde, le abrió un hombre bajito, delgado, cuyos ojos parecían de cera.

–¿Es *usted* Persky el Grande? –preguntó Kugelmass.

–El Gran Persky. ¿Quiere una taza de té?

–No, quiero romanticismo. Quiero música. Quiero amor y belleza.

–Pero té no, ¿eh? Pasmoso. Muy bien, siéntese.

Persky se metió en el cuarto trastero y Kugelmass le oyó remover cajas y muebles. El hombrecillo reapareció al rato, empujando un voluminoso objeto montado sobre chirriantes ruedas de patines. Lo cubrían viejos pañuelos de seda que tiró al suelo y dio un soplido para que desapareciera el polvo. Era un armario chino, mal lacado y de aspecto vulgar.

–¿Qué tontería es ésta, Persky? –inquirió Kugelmass.

–Preste atención –repuso Persky–. Este es un truco de gran efecto. Lo puse a punto el año pasado para un congreso de Rosacruces, pero luego la cosa no cuajó. Métase dentro del armario.

–¿Para qué, me va a atravesar con espadas o algo así?

–¿Ha visto usted alguna espada?

Kugelmass hizo una mueca y, refunfuñando, se introdujo en el armario. Advirtió, no sin disgusto, un par de feos cristales de cuarzo pegados al tabique justo a la altura de sus ojos.

–Si esto es una broma... –gruñó.

–Una broma de mucho cuidado, ya verá. Ahora, vamos a lo que importa. Si yo echo cualquier libro dentro del armario donde está usted, cierro las puertas y doy tres golpecitos, saldrá usted proyectado hacia ese libro.

Kugelmass no disimuló su incredulidad.

–Es la pura verdad. Lo juro ante Dios –prosiguió Persky–. Y no se limita únicamente a una novela, vale también con un relato, una obra teatral, un poema. Podrá conocer a cualquiera de las mujeres que crearon los mejores escritores del mundo. Aquella con la que usted haya soñado. Puede pasar el rato que desee con una auténtica maravilla. Y cuando tenga bastante, me da una voz y le haré volver aquí en una fracción de segundo.

–Persky, ¿ha salido usted de un manicomio?

–Le prometo que va en serio –afirmó el hombrecillo.

Kugelmass permaneció escéptico.

–¿Pretende decirme... que esa birria de fabricación casera puede facilitarme ese viaje que usted describe?

–Por un par de billetes de diez.

Kugelmass echó mano a la cartera.

–Lo creeré cuando lo vea –declaró.

Persky se metió los veinte dólares en el bolsillo del pantalón y se acercó a la librería. –Bien, ¿a quién le gustaría ver? ¿Sister Carrie? ¿Hester Prynne? ¿Ofelia? ¿Algún personaje de Saul Bellow? Oiga, ¿qué le parece Temple Drake? Claro que para un hombre de su edad sería un trabajo de Hércules.

–Una francesa. Quiero una aventura con una amante francesa.

–¿Naná?

–No quisiera tener que pagar.

–¿Qué le parecería la Natacha de *Guerra y paz*?

–He dicho francesa. ¡Ya la tengo! ¿qué me dice usted de Emma Bovary? Yo creo que sería perfecta.

–A sus órdenes, Kugelmass. Deme una voz cuando tenga bastante.

Persky echó un ejemplar de la novela de Flaubert, en edición de bolsillo, dentro del armario.

–¿Cree que ese chisme es seguro? –preguntó Kugelmass al cerrar el hombrecillo las puertas del mueble.

–Seguro. ¿Hay algo seguro en este mundo loco?

Persky dio tres golpecitos en la madera y abrió de par en par las puertas del armario.

Kugelmass había desaparecido. Y en aquel preciso momento apareció en el dormitorio de Charles y Emma Bovary en su casa de Yonville. De espaldas a él, una hermosa mujer doblaba unas sábanas de lino. No puedo creerlo, pensó Kugelmass, mirando embelesado a la mujer del médico. Parece un sueño. Estoy aquí. Es ella.

Emma se volvió sorprendida.

–¡Qué susto me ha dado, válgame Dios! –exclamó– ¿Quién es usted?

Hablaba el mismo elegante inglés de la edición de bolsillo.

Sencillamente sobrecogedor, pensó Kugelmass. Luego, al darse cuenta de que era a él a quien dirigían la pregunta, respondió precipitadamente:

–Discúlpeme. Me llamo Sidney Kugelmass. Soy profesor de humanidades. Del City College. En Nueva York. En la parte alta de Manhattan. Yo... ¡Ay mi madre!

Emma Bovary sonrió con coquetería.

–¿Le gustaría tomar algo? ¿Una copa de vino tal vez?

Qué hermosa es, pensó Kugelmass. ¡Qué contraste con la troglodita que compartía su lecho! Sintió el deseo incontenible de estrechar a aquella visión en sus brazos y decirle que era la mujer con la que toda su vida había soñado.

–Un poco de vino, sí –dijo roncamente–. Blanco. No, tinto. No, blanco. Dejémoslo en blanco.

–Charles estará fuera todo el día –informó Emma, jugando maliciosamente con el sobreentendido.

Después de la copa de vino, salieron a dar un paseo por la exquisita campiña francesa.

–Siempre soñé que un misterioso desconocido llegaría para rescatarme del tedio de esta crasa vida rural –dijo Emma.

Pasaron por delante de una minúscula iglesia.

–Me encanta que haya sido usted –murmuró Emma–. Nunca había visto a nadie parecido por aquí. Resulta usted tan... tan moderno.

–Bueno, llevo lo que llaman un traje informal –repuso él, románticamente–. Lo compré en unas rebajas.

En un impulso súbito la besó. Pasaron una hora larga recostados bajo un árbol, susurrándose cosas al oído y mirándose intensamente a los ojos. Hasta que Kugelmass se incorporó. Acababa de recordar que debía encontrarse con Daphne en los almacenes Bloomingdale.

–Tengo que irme –dijo–. Pero no te preocupes. Volveré.

–Así lo espero –suspiró Emma.

La abrazó apasionadamente, y los dos regresaron a la casa. Kugelmass tomó las mejillas de Emma con sus manos, la besó otra vez, y gritó:

–¡Ya vale, Persky! Tengo que estar en Bloomingdale a las tres y media.

Se oyó un *pop*, y he aquí a Kugelmass de vuelta a Brooklyn.

–¿Qué tal? ¿Era verdad o no? –preguntó Persky triunfalmente.

–Mire, Persky. Mi media naranja me espera en la avenida Lexington y voy a llegar tarde. ¿Cuándo puedo volver? ¿Mañana?

–Cuando quiera. Basta con que traiga veinte pavos. Y no hable de esto con nadie.

–Ya. Se lo contaré a Dick Cavett.

Kugelmass tomó un taxi, que se dirigió a Manhattan a toda velocidad. Su corazón latía alocadamente. Estoy enamorado, pensó. Soy el depositario de un secreto maravilloso. Ignoraba que, en aquel preciso momento, estudiantes en aulas de todo el país preguntaban a sus profesores:

–¿Quién es ese personaje de la página 100? ¿Cómo puede ser que un judío calvo esté besando a Madame Bovary?

Un profesor de Sioux Falls, Dakota del Sur, dio un profundo suspiro. Santo cielo, estos chicos, siempre con la yerba y el ácido. ¿Qué fantasía no les pasará por la cabeza?



Podrá conocer a cualquiera de las mujeres que crearon los mejores escritores del mundo. Aquella con la que usted haya soñado. Puede pasar el rato que desee con una auténtica maravilla.



Daphne Kugelmass se hallaba en el departamento de accesorios para cuartos de baño de los almacenes Bloomingdale, cuando su marido llegó sin aliento.

–¿Dónde te has metido? –preguntó secamente–. Son las cuatro y media.

–Me encontré con un atasco –se excusó Kugelmass.

Kugelmass hizo una nueva visita a Persky al día siguiente, y en pocos minutos fue mágicamente transportado a Yonville. Emma no pudo ocultar su emoción al verlo de nuevo. Pasaron juntos los dos varias horas, riendo y hablando de sus respectivos antecedentes. Antes de que Kugelmass se fuera, hicieron el amor. "¡Santo Dios, lo estoy haciendo con Madame Bovary!", se dijo Kugelmass. "¡Yo, que suspendí en literatura el primer año!"

Pasaron los meses. Kugelmass fue a casa de Persky muchas veces y estableció una estrecha y apasionada relación con Madame Bovary.

–Asegúrese de que yo llegue siempre al libro antes de la página 120 -especificó un día al mago–. Necesito encontrarme con ella antes de que se líe con ese Rodolphe.

–¿Por qué? –quiso saber Persky–. ¿No le puede birlar la chica?

–Birlar la chica. Es de noble cuna. Y esos individuos no tienen nada mejor que hacer que montar a caballo y seducir mujeres. Para mí, no es más que uno de esos figurines que aparecen en las páginas de *Women's Wear Daily*. Con el peinado a lo Helmut Berger. Pero para ella es un portento.

–¿Y su marido no sospecha nada?

–Ese no da pie con bola. Es un oscuro mediquillo en su rincón a quien le ha tocado vivir con una cabecita loca. Pretende meterse en cama a las diez, cuando ella se calza los zapatos de baile. En fin... Nos vemos luego.

Y una vez más entraba Kugelmass en el armario, para aparecer al instante en la finca de los Bovary en Yonville.

–¿Cómo estás, vida mía? –preguntó a Emma.

–Oh, Kugelmass –suspiró ella–. Si supieras lo que tengo que soportar. Ayer por la noche, a la hora de cenar, Su Excelencia se quedó dormido en mitad del postre. Ofrezco mi corazón al cielo por ir a Maxim's y al ballet, y por respuesta sólo me llueven ronquidos.

–No te preocupes, cariño. Estoy ahora contigo –la consoló Kugelmass, abrazándola.

Me he ganado esto a pulso, pensó, mientras aspiraba el perfume francés de Emma y enterraba la nariz en su cabello. Ya he sufrido bastante. Ya he pagado a demasiados analistas. He buscado hasta cansarme. Emma es joven y núbil, y aquí estoy yo, unas cuántas páginas después de León y antes de Rodolphe. Al haber aparecido en los capítulos oportunos, tengo controlada la situación.

Emma, por supuesto, era tan feliz como Kugelmass. Estaba hambrienta de emociones, y las historias que él le contaba sobre la vida nocturna en Broadway, los coches deportivos, Hollywood y las estrellas de TV tenían arrebatada a la joven beldad francesa. –Háblame otra vez de O. J. Simpson –le imploró aquella tarde, cuando paseaban junto a la iglesia del abbé Bournisien.

–¿Qué más podría decirte? Ese hombre es formidable. Ha establecido toda clase de records. Qué estilo. Nadie puede con él.

–¿Y los premios de la Academia? –preguntó Emma pensativa–. Daría lo que fuese por ganar uno.

–Primero tienen que nominarte.

–Lo sé. Ya me lo has explicado. Pero estoy convencida de que podría ser actriz. Tendría que tomar una clase o dos, claro. Con Strasberg quizá. Si luego encontrara el agente adecuado...

–Ya veremos, ya veremos. Hablaré con Persky.

Aquella noche, de vuelta sano y salvo al apartamento del mago, sacó a colación la idea de que Emma le hiciese una visita en la gran ciudad.

–Déjeme pensarlo –respondió Persky–. Tal vez sea factible. Cosas más raras han pasado.

Pero ninguno de los dos pudo decir cuáles, naturalmente.

–¿Puede saberse dónde demonios te metes? –ladró Daphne Kugelmass, al volver su marido aquella noche–. ¿Tienes alguna putilla escondida por ahí?

–Claro que sí. Es lo único que me faltaría –rezongó con hastío Kugelmass–. Estuve con Leonard Popkin. Hablamos de la agricultura socialista en Polonia. Y ya conoces a Popkin. Es una verdadera fiera en la materia.

–Ya. Pero últimamente te comportas de un modo muy raro –observó Daphne–. Estás distante. No te olvides del cumpleaños de mi padre. Es el sábado.

–Que sí, que sí –contestó Kugelmass, escurriéndose hacia el cuarto de baño.

–Irá toda mi familia. Veremos a los gemelos. Y al primo Hamish. Tendrías que ser más amable con el primo Hamish, te aprecia mucho.

–Ya, los gemelos –asintió Kugelmass, mientras cerraba la puerta del baño, silenciando así la voz de su mujer.

Apoyado en la madera, exhaló un profundo suspiro. Dentro de pocas horas estaría de nuevo en Yonville, se dijo, junto a su amada. Y esta vez, si todo iba bien, se traería a Emma con él.

A las tres y cuarto de la tarde del día siguiente, Persky repitió su hechicería una vez más. Kugelmass apareció ante Emma, alegre y anhelante. Pasaron unas horas en Yonville con Binet, para subirse luego a la calesa de los Bovary. De acuerdo con las instrucciones de Persky, se abrazaron con fuerza, cerraron los ojos y contaron hasta diez. Al abrir los ojos, la calesa se acercaba a la puerta lateral del Hotel Plaza, donde el optimista Kugelmass había reservado una *suite* a primera hora de la mañana.

–¡Me encanta? Todo es tal como me lo había imaginado –exclamó Emma, mientras exploraba gozosamente el dormitorio, para admirar luego la ciudad desde la ventana–. Ahí está la juguetería Schwarz. Y allá está Central Park. ¿Y el hotel Sherry dónde estará? Oh, allí, ya lo veo. ¡Qué maravilla!

Sobre la cama había paquetes de Halston y Saint Laurent. Emma abrió uno de ellos y sacó un pantalón de terciopelo negro, que sostuvo sobre su cuerpo perfecto.

–Es un modelo de Ralph Lauren –explicó Kugelmass–. Te sienta estupendamente. Anda, tesoro, dame un beso.

–¡Nunca me había sentido tan feliz! –chilló Emma frente al espejo–. Salgamos a dar una vuelta. Quiero ver *A Chorus Line*, y el museo Guggenheim, y a ese Jack Nicholson del que siempre hablas. ¿Echan alguna de sus pelis?

–No entiendo nada de nada –proclamó un profesor de la Universidad de Stanford–. Primero aparece un extraño personaje llamado Kugelmass y ahora desaparece ella. Supongo que ésta es la prerrogativa de los clásicos: los vuelves a leer por enésima vez y descubres siempre algo nuevo.

Los amantes disfrutaron de un venturoso fin de semana. Kugelmass le había dicho a Daphne que se iba a Boston para participar en un simposio y que no volvería hasta el lunes. Saboreando cada instante, Emma y él fueron al cine, cenaron en Chinatown, pasaron dos horas en una discoteca y se metieron en cama mirando una película de la tele. El domingo se levantaron a mediodía, fueron al Soho y se comieron con los ojos a las celebridades de paso por el Elaine's. A la noche tomaron champán y caviar en su *suite* y estuvieron charlando hasta el amanecer. Ha sido un poco agitado, pensó Kugelmass la mañana del lunes en el taxi que les llevaba al apartamento de Persky, pero valía la pena. No podré traerla muy a menudo, pero de vez en cuando será un contraste delicioso con Yonville.

Ya en casa del mago, Emma se metió en el armario con todos sus paquetes de vestidos nuevos, y besó a Kugelmass cariñosamente.

–Nos vemos en casa la próxima vez –dijo con un guiño.

Persky dio tres golpecitos en la madera. Nada.

–Hum –gruñó el hombrecillo, rascándose la cabeza. Dio otros tres golpes, sin resultado–. Algo va mal.

–¡Persky, por el amor de Dios! –gritó Kugelmass–. ¿Cómo es posible que no funcione?

–Tranquilo, tranquilo –farfulló Persky–. ¿Sigue aún en el armario, Emma?

–Sí.

Persky dio otros tres golpes, más fuertes esta vez.

–Estoy aún aquí, Persky.

–Ya lo sé, querida. No se mueva.

–Persky, *tenemos* que devolverla a su casa –susurró Kugelmass–. Soy un hombre casado y he de dar una clase dentro de tres horas. Una aventura discreta es todo cuanto puedo permitirme por ahora.

–No lo comprendo –masculló el hombrecillo–. Este es un truco que nunca falla.

Pero no consiguió nada.

–Me llevará un tiempo –explicó a Kugelmass–. Voy a tener que desmontarlo. Llámeme más tarde.

Kugelmass tuvo que meter a Emma en un taxi y llevarla otra vez al Plaza. Llegó a su clase justo por los pelos. El resto del día se lo pasó pegado al teléfono, hablando ya sea con Persky, ya sea con su amada. El mago le comunicó que necesitaría varios días para llegar al fondo del problema.

–¿Qué tal el simposio? –le preguntó Daphne aquella noche.

–Estupendo, estupendo –contestó él, encendiendo un cigarrillo por el filtro.

–¿Qué te ocurre? Estás erizado igual que un gato.

–¿Yo? Venga, no me hagas reír. Nunca en la vida he estado más tranquilo. Salgo a dar un paseo.

Cruzó la puerta con fingida naturalidad, paró un taxi y salió disparado en dirección al Plaza.

–Esto es terrible –gimió Emma–. Charles me echará de menos.

–Ten paciencia conmigo –suplicó Kugelmass, pálido y sudoroso.

La besó una vez más, corrió a los ascensores, le pegó varios gritos a Persky desde un teléfono en el vestíbulo del Plaza y regresó a casa justo antes de la medianoche.

–Según Popkin, los precios de la cebada en Cracovia no han sido estables desde 1971 –informó a Daphne, mientras se acostaba, sonriendo abyectamente.



Ignoraba que, en aquel preciso momento, estudiantes en aulas de todo el país preguntaban a sus profesores: –¿Quién es ese personaje de la página 100? ¿Cómo puede ser que un judío calvo esté besando a Madame Bovary?

Toda la semana que siguió fue por el estilo.

El viernes por la noche, Kugelmass le dijo a Daphne que debía tomar parte en otro simposio, esta vez en Siracusa. Acto seguido se presentó en el Plaza, pero el segundo fin de semana en nada se pudo comparar con el primero.

–Devuélveme a la novela, o cásate conmigo –exigió Emma–. Entretanto, quiero un trabajo o tomar clases, porque mirar la tele todo el santo día es morirse.

–Estupendo. Podemos emplear mejor el dinero –declaró Kugelmass–. Consumes dos veces tu peso en llamadas al servicio de habitaciones.

–Ayer en Central Park conocí a un productor de teatro *off-Broadway*, y me dijo que yo podía ser lo que andaba buscando para su próxima obra.

–¿Quién es ese payaso? –inquirió Kugelmass.

–No es ningún payaso. Es sensible, considerado y guapo. Se llama Jeff Nosequé, y va a ganar el Premio Tony.

A última hora de aquella tarde, Kugelmass se presentó bebido en el domicilio de Persky.

–Tranquilícese –le aconsejó el hombrecillo–. Si no, le dará un infarto.

–¿Que me tranquilice? Tengo a un personaje de ficción oculto en un hotel, y creo que mi mujer me hace vigilar por un detective privado. ¿Cómo demonios voy a tranquilizarme?

–Vale, vale. Ya sé que tenemos un problema.

Persky se metió debajo del armario y empezó a golpear algo con una llave inglesa.

–Me he convertido en algo así como un animal salvaje –prosiguió Kugelmass entre lamentaciones–. Tengo que ir por la ciudad escondiéndome, y Emma y yo empezamos a hartarnos el uno del otro. Por no hablar de una cuenta de hotel que parece el presupuesto de Defensa.

–¿Y qué quiere que yo le haga? El mundo de la magia es así. Todo matices.

–Matices, un cuerno. La gatita se alimenta a base de ostras y Dom Pérignon, por no hablar del guardarropa, la matrícula en la Neighborhood Playhouse para la que de pronto necesita fotos profesionales. Y por si esto fuera poco, Persky, resulta que el profesor Fivish Kopkind, que enseña literatura comparada y ha tenido siempre celos de mí, me ha identificado como el personaje que aparece esporádicamente en el libro de Flaubert. Amenaza con contárselo a Daphne. Ruina, pensión alimenticia y cárcel es lo que me espera. Por cometer adulterio con Madame Bovary, mi mujer va a reducirme a la indigencia.

–¿Y qué quiere que yo le diga? Me paso día y noche trabajando. En lo que a sus angustias personales concierne, lamento no poder ayudarle. Yo soy mago, no analista.

El domingo por la tarde, Emma se había encerrado en el cuarto de baño y rehusaba responder a las súplicas de Kugelmass. Mirando a los patinadores de Central Park, Kugelmass consideró la posibilidad de suicidarse. Lástima que estemos en un piso bajo, pensó, porque me tiraría ahora mismo. Y si me escapara a Europa para empezar una nueva vida... Quizá podría vender el *International Herald Tribune*, como hacían aquellas chicas.

Sonó el teléfono, Kugelmass tomó el auricular mecánicamente.

–Ya puede traérmela –anunció Persky–. Creo que lo tengo resuelto.

A Kugelmass le dio un vuelco el corazón.

–¿Lo dice en serio? –preguntó–. ¿De veras lo ha arreglado?

–Era un problema de la transmisión. Figúrese.

–Persky, es usted un genio. Estaremos ahí en un minuto. Menos de un minuto.

Otra vez corrieron los amantes al apartamento del mago y otra vez Emma Bovary se metió en el armario con sus paquetes. Persky cerró las puertas, tomó aliento y dio tres golpes en la madera. Se oyó un "pop" tranquilizador y, al abrir Persky las puertas de nuevo, el armario estaba vacío. Madame Bovary había regresado a su novela. Kugelmass dio un gran suspiro de alivio y le estrechó la mano al mago con calor. –Se acabó –dijo con tono solemne–. No lo volveré a hacer nunca más. Lo juro.

Mientras estrechaba otra vez la mano a Persky, tomó nota mentalmente de que tenía que regalarle una corbata.

Tres semanas más tarde, cuando se extinguía un hermoso día de primavera, Persky oyó llamar al timbre. Al abrir la puerta, vio ante él a Kugelmass con aire avergonzado.

–Está bien, Kugelmass –dijo el mago–. ¿Adónde quiere que le mande ahora?

–Sólo una vez más –suplicó Kugelmass–. Como hace un tiempo tan bonito y no consigo ninguna chica... Escuche, ¿ha leído *El lamento de Portnoy*? ¿Se acuerda de La Mona?

–El precio son ahora veinticinco dólares, por el incremento del costo de la vida. Pero esta primera vez se la dejaré gratis, habida cuenta del perjuicio que le he causado.

–Es usted una buena persona –le agradeció Kugelmass, metiéndose otra vez en el armario, mientras se peinaba los cuatro pelos que le quedaban–. ¿Cree que esto funcionará todavía?

–Eso espero. No lo he vuelto a probar desde todo aquel lío.

–Sexo y romanticismo –invocó Kugelmass desde el interior del armario-. Hay que ver de lo que somos capaces por una cara bonita.

Persky, tras echar en el interior un ejemplar de *El lamento de Portnoy*, dio tres golpecitos. Pero esta vez, en lugar del "pop" habitual, hubo una explosión apagada, seguida de una serie de crujidos y una lluvia de chispas. Persky dio un salto hacia atrás, sufrió un ataque al corazón y cayó muerto. El armario estalló en llamas y el incendio acabó por consumir la casa entera.

Ignorante de esta catástrofe, Kugelmass tenía que habérselas con sus propios problemas. No se hallaba en *El lamento de Portnoy*, ni en ninguna otra novela, a decir verdad. Le habían proyectado a un viejo libro de texto, *Español para principiantes*, y huía para salvar la vida por un terreno estéril y rocoso, porque la palabra *tener* –un enorme y peludo verbo irregular– corría tras él con sus patas largas y flacas.

Noticias biográficas por C.E. Feiling. Selección de textos y fotos por Rodrigo Fresán. De *Perfiles*, por RWoody Allen. Se reproduce aquí por gentileza de Tusquets Editores.

rimento del profesor Kugelmass

Por Woody Allen

en las páginas de *Women's Wear Daily*. Con el peinado a lo Helmut Berger. Pero para ella es un portento.

–¿Y su marido no sospecha nada?

–Ese no da pie con bola. Es un oscuro mediquillo en su rincón a quien le ha tocado vivir con una cabecita loca. Pretende meterse en cama a las diez, cuando ella se calza los zapatos de baile. En fin... Nos vemos luego.

Y una vez más entraba Kugelmass en el armario, para aparecer al instante en la finca de los Bovary en Yonville.

–¿Cómo estás, vida mía? –preguntó a Emma.

–Oh, Kugelmass –suspiró ella–. Si supieras lo que tengo que soportar. Ayer por la noche, a la hora de cenar, Su Excelencia se quedó dormido en mitad del postre. Ofrezco mi corazón al cielo por ir a Maxim's y al ballet, y por respuesta sólo me llueven ronquidos.

–No te preocupes, cariño. Estoy ahora contigo –la consoló Kugelmass, abrazándola.

Me he ganado esto a pulso, pensó, mientras aspiraba el perfume francés de Emma y enterraba la nariz en su cabello. Ya he sufrido bastante. Ya he pagado a demasiados analistas. He buscado hasta cansarme. Emma es joven y núbil, y aquí estoy yo, unas cuántas páginas después de León y antes de Rodolphe. Al haber aparecido en los capítulos oportunos, tengo controlada la situación.

Emma, por supuesto, era tan feliz como Kugelmass. Estaba hambrienta de emociones, y las historias que él le contaba sobre la vida nocturna en Broadway, los coches deportivos, Hollywood y las estrellas de TV tenían arrebatada a la joven beldad francesa. –Háblame otra vez de O. J. Simpson –le imploró aquella tarde, cuando paseaban junto a la iglesia del abbé Bournisien.

–¿Qué más podría decirte? Ese hombre es formidable. Ha establecido toda clase de records. Qué estilo. Nadie puede con él.

–¿Y los premios de la Academia? –preguntó Emma pensativa–. Daría lo que fuese por ganar uno.

–Primero tienen que nominarte.

–Lo sé. Ya me lo has explicado. Pero estoy convencida de que podría ser actriz. Tendría que tomar una clase o dos, claro. Con Strasberg quizá. Si luego encontrara el agente adecuado...

–Ya veremos, ya veremos. Hablaré con Persky.

Aquella noche, de vuelta sano y salvo al apartamento del mago, sacó a colación la idea de que Emma le hiciese una visita en la gran ciudad.

–Déjeme pensarlo –respondió Persky–. Tal vez sea factible. Cosas más raras han pasado.

Pero ninguno de los dos pudo decir cuáles, naturalmente.

–¿Puede saberse dónde demonios te metes? –ladró Daphne Kugelmass, al volver su marido aquella noche–. ¿Tienes alguna putilla escondida por ahí?

–Claro que sí. Es lo único que me faltaría –rezongó con hastío Kugelmass–. Estuve con Leonard Popkin. Hablamos de la agricultura socialista en Polonia. Y ya conoces a Popkin. Es una verdadera fiera en la materia.

–Ya. Pero últimamente te comportas de un modo muy raro –observó Daphne–. Estás distante. No te olvides del cumpleaños de mi padre. Es el sábado.

–Que sí, que sí –contestó Kugelmass, escurriéndose hacia el cuarto de baño.

–Irá toda mi familia. Veremos a los gemelos. Y al primo Hamish. Tendrías que ser más amable con el primo Hamish, te aprecia mucho.

–Ya, los gemelos –asintió Kugelmass, mientras cerraba la puerta del baño, silenciando así la voz de su mujer.

Apoyado en la madera, exhaló un profundo suspiro. Dentro de pocas horas estaría de nuevo en Yonville, se dijo, junto a su amada. Y esta vez, si todo iba bien, se traería a Emma con él.

A las tres y cuarto de la tarde del día siguiente, Persky repitió su hechicería una vez más. Kugelmass apareció ante Emma, alegre y anhelante. Pasaron unas horas en Yonville con Binet, para subirse luego a la calesa de los Bovary. De acuerdo con las instrucciones de Persky, se abrazaron con fuerza, cerraron los ojos y contaron hasta diez. Al abrir los ojos, la calesa se acercaba a la puerta lateral del Hotel Plaza, donde el optimista Kugelmass había reservado una *suite* a primera hora de la mañana.

–¡Me encanta! Todo es tal como me lo había imaginado –exclamó Emma, mientras exploraba gozosamente el dormitorio, para admirar luego la ciudad desde la ventana–. Ahí está la juguetería Schwarz. Y allá está Central Park. ¿Y el hotel Sherry dónde estará? Oh, allí, ya lo veo. ¡Qué maravilla!

Sobre la cama había paquetes de Halston y Saint Laurent. Emma abrió uno de ellos y sacó un pantalón de terciopelo negro, que sostuvo sobre su cuerpo perfecto.

–Es un modelo de Ralph Lauren –explicó Kugelmass–. Te sienta estupendamente. Anda, tesoro, dame un beso.

–¡Nunca me había sentido tan feliz! –chilló Emma frente al espejo–. Salgamos a dar una vuelta. Quiero ver *A Chorus Line*, y el museo Guggenheim, y a ese Jack Nicholson del que siempre hablas. ¿Echan alguna de sus pelis?

–No entiendo nada de nada –proclamó un profesor de la Universidad de Stanford–. Primero aparece un extraño personaje llamado Kugelmass y ahora desaparece ella. Supongo que ésta es la prerrogativa de los clásicos: los vuelves a leer por enésima vez y descubres siempre algo nuevo.

Los amantes disfrutaron de un venturoso fin de semana. Kugelmass le había dicho a Daphne que se iba a Boston para participar en un simposio y que no volvería hasta el lunes. Saboreando cada instante, Emma y él fueron al cine, cenaron en Chinatown, pasaron dos horas en una discoteca y se metieron en cama mirando una película de la tele. El domingo se levantaron a mediodía, fueron al Soho y se comieron con los ojos a las celebridades de paso por el Elaine's. A la noche tomaron champán y caviar en su *suite* y estuvieron charlando hasta el amanecer. Ha sido un poco agitado, pensó Kugelmass la mañana del lunes en el taxi que les llevaba al apartamento de Persky, pero valía la pena. No podré traerla muy a menudo, pero de vez en cuando será un contraste delicioso con Yonville.

Ya en casa del mago, Emma se metió en el armario con todos sus paquetes de vestidos nuevos, y besó a Kugelmass cariñosamente.

–Nos vemos en casa la próxima vez –dijo con un guiño.

Persky dio tres golpecitos en la madera. Nada.

–Hum –gruñó el hombrecillo, rascándose la cabeza. Dio otros tres golpes, sin resultado–. Algo va mal.

–¡Persky, por el amor de Dios! –gritó Kugelmass–. ¿Cómo es posible que no funcione?

–Tranquilo, tranquilo –farfulló Persky–. ¿Sigue aún en el armario, Emma?

–Sí.

Persky dio otros tres golpes, más fuertes esta vez.

–Estoy aún aquí, Persky.

–Ya lo sé, querida. No se mueva.

–Persky, *tenemos* que devolverla a su casa –susurró Kugelmass–. Soy un hombre casado y he de dar una clase dentro de tres horas. Una aventura discreta es todo cuanto puedo permitirme por ahora.

–No lo comprendo –masculló el hombrecillo–. Este es un truco que nunca falla.

Pero no consiguió nada.

–Me llevará un tiempo –explicó a Kugelmass–. Voy a tener que desmontarlo. Llámeme más tarde.

Kugelmass tuvo que meter a Emma en un taxi y llevarla otra vez al Plaza. Llegó a su clase justo por los pelos. El resto del día se lo pasó pegado al teléfono, hablando ya sea con Persky, ya sea con su amada. El mago le comunicó que necesitaría varios días para llegar al fondo del problema.

–¿Qué tal el simposio? –le preguntó Daphne aquella noche.

–Estupendo, estupendo –contestó él, encendiendo un cigarrillo por el filtro.

–¿Qué te ocurre? Estás erizado igual que un

> **“Ignoraba que, en aquel preciso momento, estudiantes en aulas de todo el país preguntaban a sus profesores: –¿Quién es ese personaje de la página 100? ¿Cómo puede ser que un judío calvo esté besando a Madame Bovary?**



gato.

–¿Yo? Venga, no me hagas reír. Nunca en la vida he estado más tranquilo. Salgo a dar un paseo.

Cruzó la puerta con fingida naturalidad, paró un taxi y salió disparado en dirección al Plaza.

–Esto es terrible –gimió Emma–. Charles me echará de menos.

–Ten paciencia conmigo –suplicó Kugelmass, pálido y sudoroso.

La besó una vez más, corrió a los ascensores, le pegó varios gritos a Persky desde un teléfono en el vestíbulo del Plaza y regresó a casa justo antes de la medianoche.

–Según Popkin, los precios de la cebada en Cracovia no han sido estables desde 1971 –informó a Daphne, mientras se acostaba, sonriendo abyectamente.

Toda la semana que siguió fue por el estilo.

El viernes por la noche, Kugelmass le dijo a Daphne que debía tomar parte en otro simposio, esta vez en Siracusa. Acto seguido se presentó en el Plaza, pero el segundo fin de semana en nada se pudo comparar con el primero.

–Devuélveme a la novela, o cásate conmigo –exigió Emma–. Entretanto, quiero un trabajo o tomar clases, porque mirar la tele todo el santo día es morirse.

–Estupendo. Podemos emplear mejor el dinero –declaró Kugelmass–. Consumes dos veces tu peso en llamadas al servicio de habitaciones.

–Ayer en Central Park conocí a un productor de teatro *off-Broadway*, y me dijo que yo podía ser lo que andaba buscando para su próxima obra.

–¿Quién es ese payaso? –inquirió Kugelmass.

–No es ningún payaso. Es sensible, considerado y guapo. Se llama Jeff Nosequé, y va a ganar el Premio Tony.

A última hora de aquella tarde, Kugelmass se presentó bebido en el domicilio de Persky.

–Tranquilícese –le aconsejó el hombrecillo–. Si no, le dará un infarto.

–¿Que me tranquilice? Tengo a un personaje de ficción oculto en un hotel, y creo que mi mujer me hace vigilar por un detective privado. ¿Cómo demonios voy a tranquilizarme?

–Vale, vale. Ya sé que tenemos un problema.

Persky se metió debajo del armario y empezó a golpear algo con una llave inglesa.

–Me he convertido en algo así como un animal salvaje –prosiguió Kugelmass entre lamentaciones–. Tengo que ir por la ciudad escondiéndome, y Emma y yo empezamos a hartarnos el uno del otro. Por no hablar de una cuenta de hotel que parece el presupuesto de Defensa.

–¿Y qué quiere que yo le haga? El mundo de la magia es así. Todo matices.

–Matices, un cuerno. La gatita se alimenta a base de ostras y Dom Pérignon, por no hablar del guardarropa, la matrícula en la Neighborhood Playhouse para la que de pronto necesita fotos profesionales. Y por si esto fuera poco, Persky, resulta que el profesor Fivish Kopkind, que enseña literatura comparada y ha tenido siempre celos de mí, me ha identificado como el personaje que aparece esporádicamente en el libro de Flaubert. Amenaza con contárselo a Daphne. Ruina, pensión alimenticia y cárcel es lo que me espera. Por cometer adulterio con Madame Bovary, mi mujer va a reducirme a la indigencia.

–¿Y qué quiere que yo le diga? Me paso día y noche trabajando. En lo que a sus angustias personales concierne, lamento no poder ayudarle. Yo soy mago, no analista.

El domingo por la tarde, Emma se había encerrado en el cuarto de baño y rehusaba responder a las súplicas de Kugelmass. Mirando a los patinadores de Central Park, Kugelmass consideró la posibilidad de suicidarse. Lástima que estemos en un piso bajo, pensó, porque me tiraría ahora mismo. Y si me escapara a Europa para empezar una nueva vida... Quizá podría vender el *International Herald Tribune*, como hacían aquellas chicas.

Sonó el teléfono, Kugelmass tomó el auricular mecánicamente.

–Ya puede traérmela –anunció Persky–. Creo que lo tengo resuelto.

A Kugelmass le dio un vuelco el corazón.

–¿Lo dice en serio? –preguntó–. ¿De veras lo ha arreglado?

–Era un problema de la transmisión. Figúrese.

–Persky, es usted un genio. Estaremos ahí en un minuto. Menos de un minuto.

Otra vez corrieron los amantes al apartamento del mago y otra vez Emma Bovary se metió en el armario con sus paquetes. Persky cerró las puertas, tomó aliento y dio tres golpes en la madera. Se oyó un "pop" tranquilizador y, al abrir Persky las puertas de nuevo, el armario estaba vacío. Madame Bovary había regresado a su novela. Kugelmass dio un gran suspiro de alivio y le estrechó la mano al mago con calor. –Se acabó –dijo con tono solemne–. No lo volveré a hacer nunca más. Lo juro.

Mientras estrechaba otra vez la mano a Persky, tomó nota mentalmente de que tenía que regalarle una corbata.

Tres semanas más tarde, cuando se extinguía un hermoso día de primavera, Persky oyó llamar al timbre. Al abrir la puerta, vio ante él a Kugelmass con aire avergonzado.

–Está bien, Kugelmass –dijo el mago–. ¿Adónde quiere que le mande ahora?

–Sólo una vez más –suplicó Kugelmass–. Como hace un tiempo tan bonito y no consigo ninguna chica... Escuche, ¿ha leído *El lamento de Portnoy*? ¿Se acuerda de La Mona?

–El precio son ahora veinticinco dólares, por el incremento del costo de la vida. Pero esta primera vez se la dejaré gratis, habida cuenta del perjuicio que le he causado.

–Es usted una buena persona –le agradeció Kugelmass, metiéndose otra vez en el armario, mientras se peinaba los cuatro pelos que le quedaban–. ¿Cree que esto funcionará todavía?

–Eso espero. No lo he vuelto a probar desde todo aquel lío.

–Sexo y romanticismo –invocó Kugelmass desde el interior del armario–. Hay que ver de lo que somos capaces por una cara bonita.

Persky, tras echar en el interior un ejemplar de *El lamento de Portnoy*, dio tres golpecitos. Pero esta vez, en lugar del "pop" habitual, hubo una explosión apagada, seguida de una serie de crujidos y una lluvia de chispas. Persky dio un salto hacia atrás, sufrió un ataque al corazón y cayó muerto. El armario estalló en llamas y el incendio acabó por consumir la casa entera.

Ignorante de esta catástrofe, Kugelmass tenía que habérselas con sus propios problemas. No se hallaba en *El lamento de Portnoy*, ni en ninguna otra novela, a decir verdad. Le habían proyectado a un viejo libro de texto, *Español para principiantes*, y huía para salvar la vida por un terreno estéril y rocoso, porque la palabra *tener* –un enorme y peludo verbo irregular– corría tras él con sus patas largas y flacas.



Noticias biográficas por C.E. Feiling. Selección de textos y fotos por Rodrigo Fresán. De *Perfiles*, por RWoody Allen. Se reproduce aquí por gentileza de Tusquets Editores.



NUMERO OCULTO

Cada esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

A

	B	R
	4	0
4 2 8 5	1	0
8 6 9 0	0	2
9 7 8 3	2	0
4 0 3 2	1	1

B

	B	R
	4	0
9 7 3 4	3	0
6 9 2 3	1	1
2 0 9 8	0	2
9 8 6 3	1	0

C

	B	R
	4	0
4 2 6 9	0	1
3 4 7 6	0	2
1 0 5 7	2	1
3 9 6 5	0	2

D

	B	R
	4	0
9 5 8 1	3	0
7 4 2 5	0	2
1 5 8 9	1	2
9 1 7 4	2	1

INDOMINO

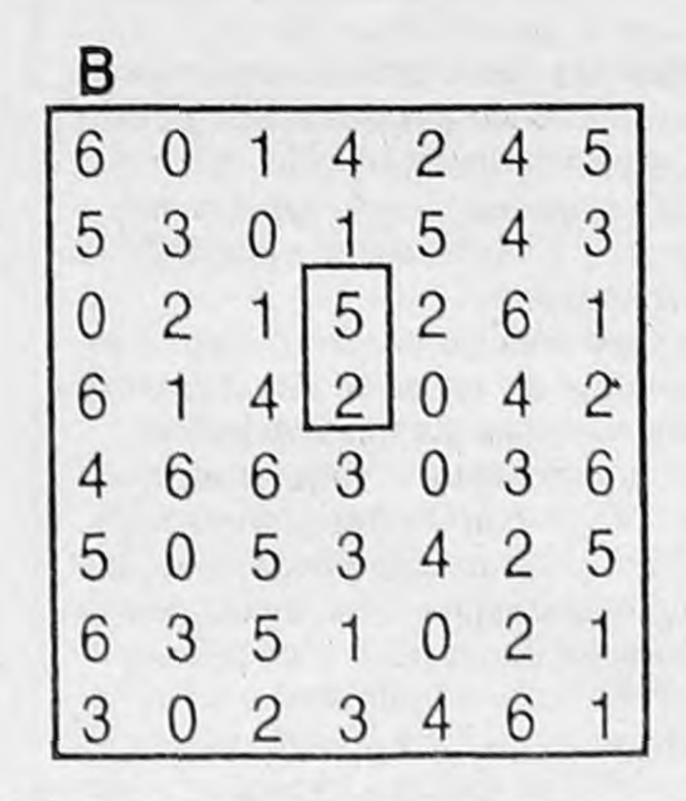
Con las 28 fichas de un juego completo de dominó hicimos los tableros A y B. Los valores de las fichas se escribieron con números en vez de hacerlo con los clásicos puntitos, y faltan casi todas las líneas de separación entre fichas. Deduzca, para cada tablero, dónde está cada una de las 28 fichas. A medida que las vaya determinando, táchelas de la lista que acompaña a cada tablero. (El juego se resuelve por búsqueda sistemática y atajos sagaces. Si, por ejemplo, 3 y 5 son vecinos en un único sitio del tablero, allí tendrá determinada la ficha 3-5. Si hay varias colocaciones posibles para una ficha, su determinación se hará como consecuencia de otros hallazgos.)

A

1	1	5	1	0	3	2
4	4	5	2	5	2	6
1	5	1	2	0	4	2
0	0	2	5	2	6	0
1	5	0	3	4	2	6
6	3	6	5	6	5	4
3	1	4	6	0	3	3
4	0	1	6	4	3	3

0 0
0 1 | 1 1
0 2 | 1 2 | 2 2
0 3 | 1 3 | 2 3 | 3 3
0 4 | 1 4 | 2 4 | 3 4 | 4 4
0 5 | 1 5 | 2 5 | 3 5 | 4 5 | 5 5
0 6 | 1 6 | 2 6 | 3 6 | 4 6 | 5 6 | 6 6

B

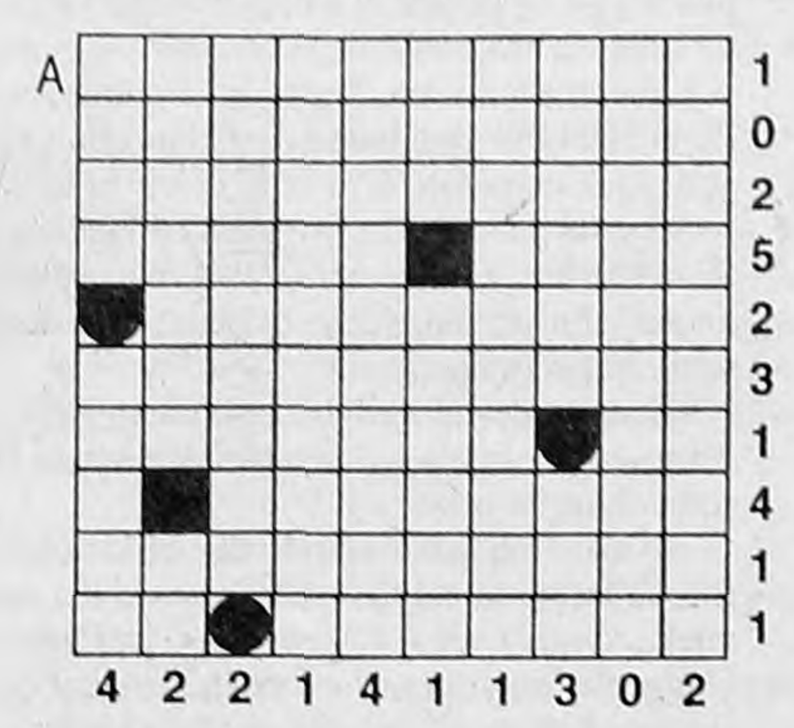


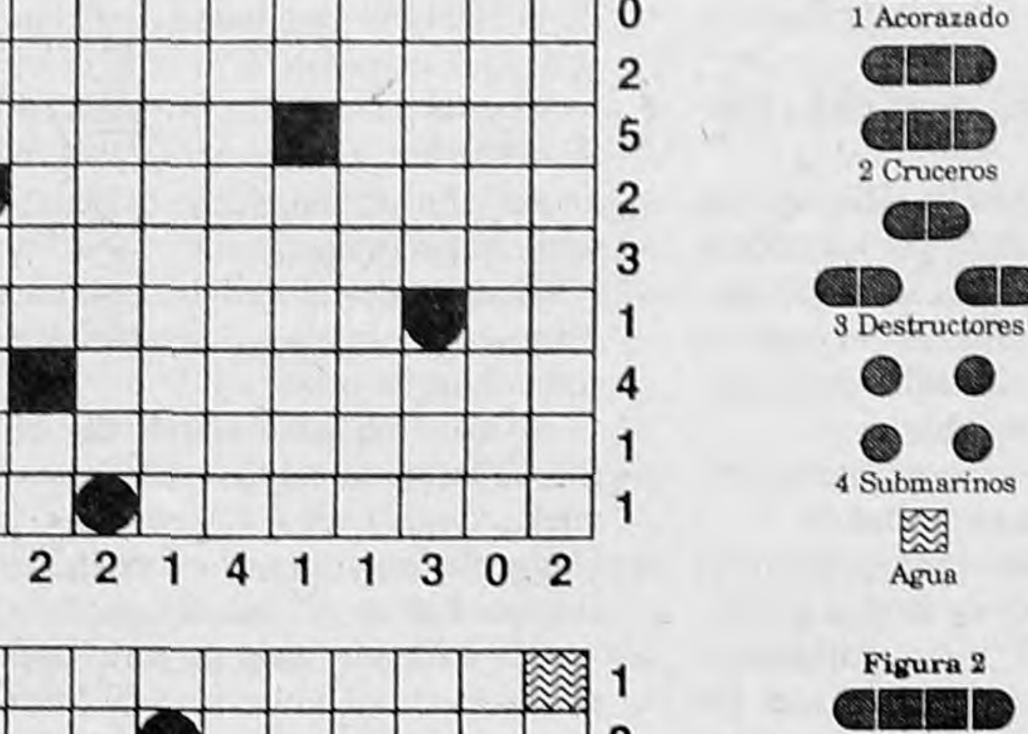
6	0	1	4	2	4	5
5	3	0	1	5	4	3
0	2	1	5	2	6	1
6	1	4	2	0	4	2
4	6	6	3	0	3	6
5	0	5	3	4	2	5
6	3	5	1	0	2	1
3	0	2	3	4	6	1

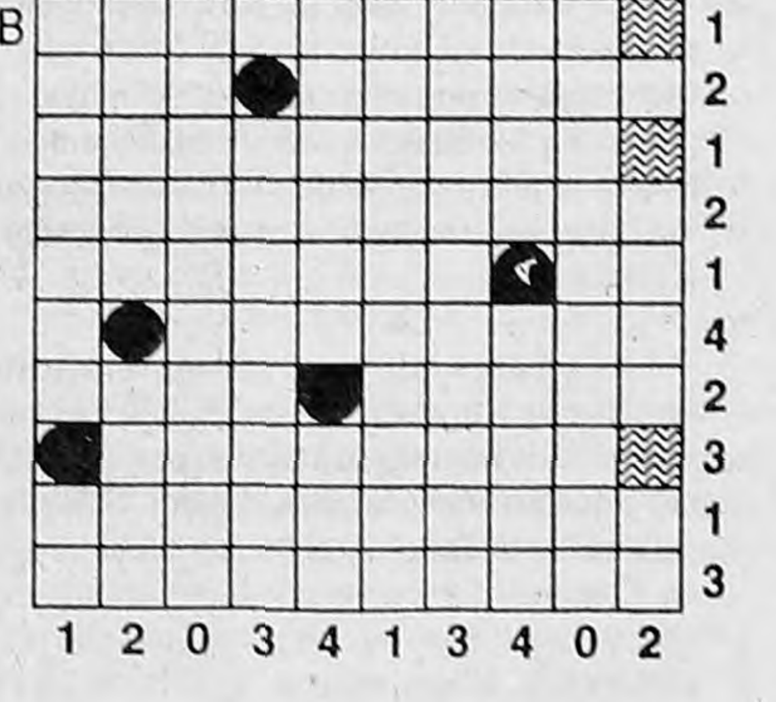
0 0
0 1 | 1 1
0 2 | 1 2 | 2 2
0 3 | 1 3 | 2 3 | 3 3
0 4 | 1 4 | 2 4 | 3 4 | 4 4
0 5 | 1 5 | 2 5 | 3 5 | 4 5 | 5 5
0 6 | 1 6 | 2 6 | 3 6 | 4 6 | 5 6 | 6 6

BATALLA NAVAL

En cada tablero hay escondida una flota completa, igual a las que se muestran en las figuras 1 y 2. Sólo se conocen algunos de los cuadros ocupados por la flota, y algunos de los que están invadidos por agua (tal como se indica en el interior de cada tablero. Fíjese que las formas le indican si se trata de una punta de barco, de un submarino completo, etc.). Además, al pie de cada columna y al costado derecho de cada fila, se indica con números cuántos cuadros ocupa la flota en esa columna o hilera. Deduzca, para cada tablero, la situación de la flota. Tenga en cuenta que en todos los cuadros alrededor de cada barco hay agua.

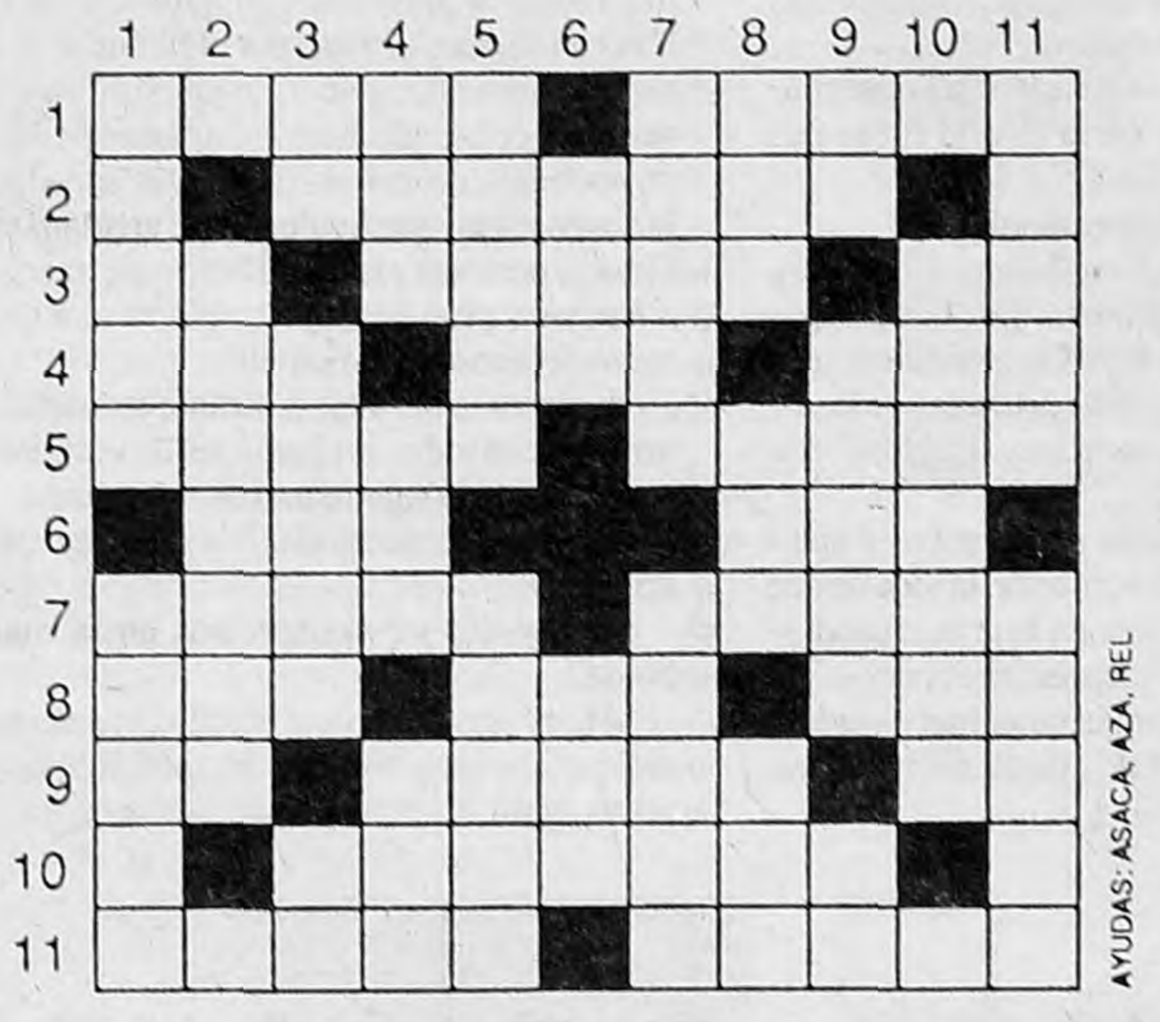








CRUCIGRAMA



HORIZONTALES

1. Prefijo que significa "grande"./ Achaca, imputa.
2. Loco, orate.
3. Símbolo del renio./ Lis./ Consonante.
4. Adoré./ Hijo de Noé./ Oxido de calcio.
5. Conjunto de cascotes que se usan para rellenar./ Pondrá al fuego un manjar.
6. Gorra militar con visera./ (Vital) Dramaturgo español muerto en 1911.
7. Ladrones, rateros./ Alabado.
8. Une con hilos./ Desinencia de las proteínas./ Par.
9. Interjección para detener una caballería./ Voz ruidosa./ Violonchelo siamés.
10. Corrosivo, que produce desgaste.
11. Aleación de cobre y cinc./ Hidrofobia.

VERTICALES

1. Observar./ Pareja de macho y hembra.
2. Comarca regida por un emir.
3. Símbolo del cadmio./ Etapa, período./ Película de Steven Spielberg.
4. Abreviatura de religión./ Prefijo: igual./ Tejido de seda sin brillo.
5. Negligente./ Lución, saurio de España.
6. Consonante./ Ciudad de Yugoslavia.
7. Alienta, da ánimo./ Palpitar.
8. Abreviatura de santo./ Labiérnago./ Nombre de varias algas filamentosas.
9. Iniciales del científico Einstein./ Perseguid animales para matarlos o apresarlos./ Río ruso.
10. Que tienen taras o defectos.
11. Limpia el grano con el arel./ Se atrevía.

Soluciones del número anterior

Soluciones en la edición del martes 11

NUMERO OCULTO

A. 3617
B. 5347
C. 6087
D. 6974

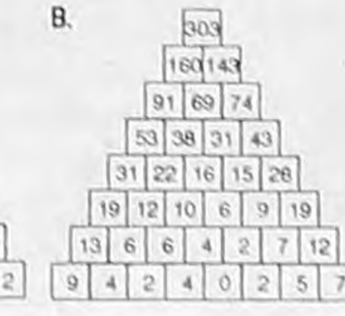
CUBILETE

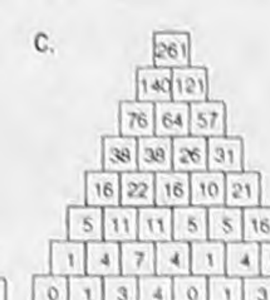
2	4	1	3	6
3	5	4	4	5
4	1	5	3	6
2	3	3	5	3
2	2	1	3	5

CRUCIGRAMA

P	E	L	O	T	A
A	L	A	B	A	R
L	U	N	E	R	A
A	D	O	S	A	R
■	A	S	A	D	A
O	S	O	S	O	S

PIRAMIDES NUMERICAS







D.
292
168 124
97 71 53
55 42 29 24
31 24 18 11 13
18 13 11 7 4 9
11 7 6 5 2 2 7
6 5 2 4 1 1 1 6